

La *Revista de Occidente* en la España de preguerra (1923-1936)

1. El nacimiento de una revista «moderna»

La *Revista de Occidente* fue, en palabras de dos de los críticos que con más profundidad han abordado su estudio y el de la época, un importante foco cultural que mantuvo «una trayectoria ininterrumpida y espléndida, no limitada a temas literarios y artísticos, sino abarcadora del conjunto de la cultura» (Soria Olmedo, 1988, p.157), y que supuso «la incorporación activa de la joven intelectualidad española a los rumbos del pensamiento internacional de entreguerra» (Mainer, 1999, p.190). Su publicación es la culminación de un proceso en toda la historia intelectual de su fundador, Ortega y Gasset, quien puso en marcha este gran proyecto cuando contaba ya con cuarenta años¹ y tenía a sus espaldas una sólida trayectoria. Antes fueron muchas otras las publicaciones en que colaboró y los proyectos culturales en los que el filósofo estuvo inmerso. Habían visto la luz sus ensayos *Meditaciones del Quijote* (1914) y *España invertebrada* (1920), así como *El tema de nuestro tiempo* (1923); había participado igualmente en la fundación del semanario *España* (aunque al cabo de un año dejó de formar parte del mismo). *El Espectador* (1916-1934) y *El Sol* (1917) fueron también otros de los proyectos que emprendió y contribuyeron a enriquecer la vida cultural de las primeras décadas del siglo xx.

1 López Campillo señala que, pese a que Ortega fue su fundador, no podemos afirmar tajantemente que la *Revista de Occidente* fuera su revista. La gran variedad de colaboradores hizo que entre sus páginas los lectores pudieran encontrar diversas tendencias, ideas distintas, siempre enriquecedoras y plurales: «Es evidente, en efecto, que la *Revista* no fue la revista de Ortega, en un sentido estrecho: Ortega es el iniciador, el mecenas. No es su ideólogo, ni siquiera su mentor, y puede decirse, con Fernando Vela, que él colaboró menos en la revista que otros muchos. Fundó esta revista para formar lectores que tuvieran su cultura, para crear una atmósfera cultural en la que él pudiera ser leído, discutido y apreciado por sus iguales. La *Revista de Occidente* se concibió como una invitación a la emulación» (López Campillo, 1972, p.251).

La presencia de Ortega, que «ya, en 1914, ocupa un puesto preponderante entre todos los otros intelectuales» (López Campillo, 1972, p.44) era indiscutible² en la vida cultural española (recordemos, asimismo, que con veintisiete años ya ocupaba dos cátedras). En el momento de su fundación en el año 1923, la *Revista de Occidente* venía, por tanto, a culminar la brillante carrera del filósofo:

Ortega tiene cuarenta años, se encuentra en la plenitud de su fuerza, sus esperanzas de desempeñar un papel en la transformación de la cultura española se realizan. (...) Históricamente la *Revista de Occidente* no debe considerarse como una creación ex nihilo de Ortega. Es el remate de un proceso durante el cual los ensayos, los fracasos (*trial and error*) muestran que la *política cultural* de Ortega es el producto de varios encuentros en las diferentes etapas de su vida. (López Campillo, 1972, p.55)

Resulta incuestionable el papel determinante que jugó la revista en la cultura de los años veinte, al actuar como vehículo trasmisor de ideas literarias y artísticas. El gran prestigio del que gozó fue también muy superior al de otras revistas que también poblaban el panorama editorial en España. Por su continuidad, la calidad de sus textos, la gran variedad de sus colaboradores, el apoyo que prestó la Editorial a los escritores más jóvenes y novedosos del momento y por su influencia en la vida cultural española (López Campillo, 1972, p.23), su estudio se hace imprescindible para cono-

-
- 2 Bécarrud y López Campillo han estudiado la influencia y el papel de los intelectuales españoles durante la Segunda República. Sin duda, el papel de Ortega fue central en este momento. Pese a que gran parte de la historiografía ha señalado la especie de «superinfluencia» de los intelectuales sobre la vida pública, Bécarrud y López Campillo se preguntan si no es un fenómeno que contradice todo lo que se había venido observando en España y sobre lo que los intelectuales se habían venido quejando: «El desánimo de Ganivet, el tono profético de Costa, las congojas de Unamuno, la melancolía de Baroja, la tonalidad desilusionada del conjunto de los escritos de los del 98 en torno al principio del siglo xx acaso provengan en parte de este insuficiente peso sociológico de los intelectuales españoles, característica ésta que el propio Ortega no dejará de subrayar aun en los años más optimistas de su vida (1914 y 1930)» (Bécarrud y López Campillo, 1978, p.6). Ortega, sin duda alguna, era el núcleo central de este ambiente, el eje de un nuevo grupo de trabajadores intelectuales que pretendían modernizar y vertebrar España y que, para ello, hicieron uso de los medios que encontraron a su alcance: la prensa, las instituciones como el Ateneo o la ILE, la institución universitaria, etcétera. En palabras de Francisco Ayala, «raras veces las opiniones de un intelectual han tenido una eficacia inmediata tan decisiva y tan voluminosa como la que tuvieron las suyas, por quince o veinte años, en España» (en García Jaramillo, 2013, p.108).

cer el desarrollo de las teorías estéticas, literarias, sociales o incluso científicas de la España de 1923 a 1936.

La *Revista de Occidente* se constituyó como un fuerte órgano de expresión de una cultura burguesa ya firmemente asentada, muy vinculada a las revistas extranjeras de la época tales como *The Criterion*, en Inglaterra, o la *Nouvelle Revue Française*³. Su importancia es clara, y el apoyo y la difusión de las teorías que planteaba impregnaron todo el ambiente cultural de los años veinte, tomando un aire, a pesar de la extensa duración de la primera época de la revista (los trece años que transcurrieron entre 1923 y 1936) de perpetua vanguardia⁴ y aperturismo, lo que estuvo propiciado en cierto modo por el hecho de que la mayoría de sus colaboradores fueron siempre, por norma general, menores de cuarenta años, aunque pertenecientes a distintas generaciones, y se fueron renovando continuamente para dar paso a jóvenes colaboradores nuevos (López Campillo, 1972, p.74). Junto a los escritores españoles, la revista contó con un buen número de pensadores extranjeros que se prestaron a aparecer entre sus páginas. En palabras de Mainer, «la revista pudo reunir una completa nómina del espiritualismo irracionalista de entreguerras, de aquellos intérpretes —algunos un tanto

3 De hecho, las publicaciones extranjeras francesas o alemanas se hicieron eco de la publicación de la revista. El *Bulletin Hispanique, Les nouvelles Littéraires, Der Neue Merkur*, entre otros, dieron cuenta de la publicación de la *Revista de Occidente* en sus reseñas. (López Campillo, 1972, pp.62-64)

4 En este sentido, ciertos observadores estimaron que la *Revista de Occidente* correspondía a una mentalidad anterior a la de la década 1920-1930, en la que la curiosidad cultural primaba sobre las preocupaciones políticas. La mayor parte de las revistas que surgen en España en esa década ya tienen un marcado componente ideológico: *La Gaceta Literaria* (órgano en el que se expresan las primeras teorías fascizantes españolas), *La Conquista del Estado, Cruz y Raya, Octubre, Leviatán*, etcétera. Sin embargo, en opinión de López Campillo, este apoliticismo de la revista de Ortega hizo que se pudiera seguir publicando ininterrumpidamente en «una atmósfera en que lo político no podía discutirse libremente en la prensa y en que la literatura no alcanzaba un público lo suficientemente estable ni bastante numeroso». (López Campillo, 1972, p.67)

5 También la mayor parte de su público era joven: estudiantes universitarios, profesores que habrían conocido el trabajo de Ortega, miembros de las profesiones liberales (médicos o juristas) conformaban el grupo principal de receptores a los que se dirigían los 3000 ejemplares de cada número de la revista. Cabe recordar que de esos 3000 ejemplares, más de la mitad iban hacia América Latina, donde la revista encontró, también, gran parte de sus lectores (López Campillo, 1972, pp.65-66).

funambulescos— de lo que quedaba del «alma de Europa»» (Mainer, 1999, p.192).

Ortega, con la fundación de la revista en 1923 (recordemos que el gran prestigio con el que contaba ya entonces era garantía de éxito), pretendía poner al lector al tanto de las nuevas ideas que se estaban gestando en Europa en todos los dominios de la cultura (Mainer, 1999, p.59), entendiendo *cultura* en el sentido más global del término. La publicación incluyó textos de muy diversa índole, también de carácter científico. Como señala Evelyn López Campillo, esta variedad de temáticas era absolutamente coherente dentro del proyecto orteguiano:

Estos artículos científicos se integran armoniosamente en el conjunto de las colaboraciones que forman parte de las ciencias humanas o de la literatura, porque la actitud mental que anima la revista toda es una visión universalista del conocimiento: el lector a quien se dirige la publicación no es un especialista en el sentido estricto de la palabra, es un hombre que escapa a la *barbarie* de la especialización y para quien todos estos conocimientos se complementan. (López Campillo, 1972, p.239)

Un ámbito, sin embargo, sí quedaría fuera de las páginas de *La Revista de Occidente*. Ortega se cuidó desde el primer número, tal y como expuso en el artículo inicial, «Propósitos», de incluir los temas que podrían haber suscitado fuertes confrontaciones y haber resultado molestos a sus colaboradores o incluso lectores. Así sentaba el filósofo las bases ideológicas y fundacionales. La revista pretendía mantenerse neutral: «de espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas, procurará esta Revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana» (Ortega y Gasset, 1923a, p.2).

La Revista de Occidente nace en 1923 afirmando abiertamente los que serían sus principios, claramente formulados por su fundador en las primeras páginas. La curiosidad del individuo por la vida y la realidad contemporánea (Ortega y Gasset, 1923a, p.1) se convierte en el impulso a partir del cual comienza a funcionar la maquinaria modernizadora de esta empresa, que contemplaba con asombro, junto con todos los intelectuales de la época, las profundas transformaciones sociales que se dieron en las primeras décadas del siglo xx. Su propósito inicial era claro, y contaba con un firme motor de movimiento y desarrollo: su «afán de conocer «por dónde va el mundo» pues surgen dondequiera los síntomas de una profun-

da transformación en las ideas, en los sentimientos, en las maneras, en las instituciones» (Ortega y Gasset, 1923a, p.1).

Junto a sus propósitos de apoliticismo, la revista propugnaba asimismo las que se establecieron como sus cinco máximas: alegría, sosiego, meditación, curiosidad y disponibilidad completa frente a las manifestaciones culturales. La *Revista de Occidente* nacía en un estado de urgencia debido a la transformación de las ideas y el cambio en las formas de vida del mundo occidental, lo que provocó, no obstante, que no estuviera libre de profundas contradicciones: «una vacilación entre el clasicismo y el orden, entre el nacionalismo y el cosmopolitismo, entre el optimismo y la convicción de una inminente catástrofe cultural» (Mainer, 1981, p.190). La «Modernidad» era precisamente el núcleo central al que debía atender la revista. En consecuencia, ese aire de continua novedad que imperaba en sus contribuciones científicas y filosóficas, como ya ha señalado gran parte de la crítica (Soria Olmedo, 1988, p.157), se mantuvo constante. Aparecerán entre sus páginas las innovaciones que ya se habían producido en los campos de la medicina o la biología, el nuevo discurso de la moda, las ideas estéticas de las vanguardias artísticas y literarias, los avances en el mundo de la física o los modernos estudios antropológicos. Pero junto a estos, es de justicia poner de manifiesto que no todas las nuevas ideas fueron siempre bien acogidas. Así, la reflexión sobre los cambios en los roles de género, la modernización de las mujeres que el desarrollo histórico había impulsado, su incorporación al ámbito laboral o el desarrollo del movimiento feminista (cambios todos que serán el objeto central de estudio a lo largo del presente trabajo), aparecían en las páginas de la revista como amenazas que había que combatir y frenar en la medida de lo posible. De este modo, la nueva generación acudía ahora a la primera línea intelectual española, a la misma posición de vanguardia, con una nueva actitud, pero con un proyecto claro: se debía preocupar con toda conciencia, premeditada y orgánicamente, del porvenir nacional (Cerezo, 1991, p.38), había que desterrar la herencia caduca y contribuir al abandono de la secular decadencia española. Y así las mujeres también tendrían un papel fundamental en esta empresa, y su actuación no podía ser compatible con las nuevas aspiraciones que las feministas tenían.

Pero ¿por qué se hacía preciso el cambio? ¿De dónde provenía esta decadencia, esta falta de modernidad del país? Principalmente, según Ortega y Gasset, de la falta de ilustración de la cultura española y de la pérdida de

los valores esenciales propios. Era perentorio, por tanto, volver a ellos y modernizar España. De esta forma, sus ideas de europeización llevaron al filósofo a buscar un bienestar social y político basado en la cultura -«ante todo, como piedra angular, el desplazamiento laico de la religión por la cultura», (Cerezo Galán, 1994, p.11) -, hasta creer que el nivel literario y filosófico tendrían que ser las palancas básicas para conseguir la imagen de la vida española como *Res-publica*. La cultura debía ser «la esfera propia de autodeterminación del hombre», la unión de la ciencia y la filosofía, la fuerza según la cual los hombres del mismo pueblo debían «obedecer todos a idéntica compulsión, a sentir, a obrar de modo homogéneo y característico», la manifestación, en definitiva, de una espiritualidad colectiva (García Morente, 1923, p.176). La ilustración que pretendía llevar a cabo tenía que renovar el panorama intelectual español, obsoleto e ineficaz, por lo que debía ser un «pensamiento coherente y consecuente, a diferencia del pensamiento desiderativo e imaginativo que había sido la constante del 98» (Cerezo, 1994, pp.14-17). Se hacía necesaria ahora la acción frente a la reflexión de las décadas anteriores.

El siglo XIX, pues, quedaba desterrado del panorama intelectual con la llegada de la flamante modernidad. José-Carlos Mainer no ha dudado en afirmar la actitud de «repudio de la herencia decimonónica» por parte de los intelectuales de las primeras décadas del siglo siguiente. El cambio se estaba produciendo:

Ortega y Gasset asentó sus ideas políticas sobre la superación de la «fantasmagoría» de la Restauración y sus ideas estéticas sobre la muerte de aquel arte que disfrutaban «el pacífico comerciante, el virtuoso profesor, el ingenuo empleado, la señorita del *comptoir*». (Mainer, 1993, p.37)

Muy pocos escritores precedentes fueron rescatados y tenidos en consideración por las nuevas generaciones de la primera vanguardia española, al igual que ocurrió en el resto del mundo europeo. Durante estas primeras décadas del siglo XX, a los intelectuales no les interesaba tanto establecer lazos con el pasado sino buscar soluciones para el presente poniendo la mirada en el esperanzador futuro. La herencia que la sociedad española había recibido del siglo anterior no convenía a sus afanes modernizadores, pese a que no la desterraron de forma rotunda: el siglo XIX supuso un fracaso en lo que refiere a la revolución industrial, no se había llegado a consolidar la sociedad burguesa moderna, se dependió excesivamente de las finanzas extranjeras y tampoco supo acertar este siglo en el orden de la

reforma necesaria del marco político. En definitiva, el país se reveló «incapaz de producir por sí mismo el proceso institucional —en la universidad, en la organización de la vida profesional, en la iniciativa pública— que, por las mismas fechas, caracteriza la vida europea» (Mainer, 1993, p.40). España era un país eminentemente rural, y pese al deseo de modernidad de los intelectuales, los problemas continuaron ya entrado el siglo xx, que se descubrió heredero de las deficiencias del xix.

Así las cosas, era inevitable que surgiera la temprana confrontación entre la generación orteguiana y la del 98. Había llegado el momento de cambiar el método, de tomar las riendas del futuro destino del país y adoptar un modelo analítico y reflexivo, lejos de las utopías que habían caracterizado a la generación precedente, es decir, lejos del romanticismo de la generación del 98⁶. Se imponía dar paso ahora al nuevo horizonte que supuso la generación del 14, al rigor basado en el orden de las leyes, del clasicismo, del análisis y de la objetividad⁷:

Su pretensión no es otra que reconducir hacia la moral de la ciencia los muchos diagnósticos que se habían emitido sobre la decadencia nacional, neutralizando de paso su fatalismo determinista: «Prefiero tirar por la ventana todo ese presunto pasado fastuoso a sentirme heredero de una decadencia incalculable». (Cacho Viu, 1985, pp.13-14)

6 Diversos críticos han establecido una relación entre el 98 y el Romanticismo. Así lo señala P. Cerezo: «Esto autoriza a entender al 98 como la última generación romántica, como he mostrado en otro lugar, en insistir en el carácter trágico común con que sus miembros vivencian este conflicto cultural, sin posibilidad de resolución. La tensión entre escepticismo racional y fe, en otros términos, nadismo y utopismo, oquedad del mundo desencantado y exigencia de reencantamiento en términos de fe, ensueño y utopía, es consustancial a los hombres del 98. Y como las ideas, la sensibilidad romántica del 98 padece la íntima perplejidad, también denunciada por Nietzsche, entre los grandes ideales remotos y las exigencias de las bases de la vitalidad, desatendidas por una cultura hipócrita y represora» (Cerezo Galán, 1994, p.7).

7 Vicente Cacho Viu testimonia el nacimiento del término *Generación del 98*. Fue Ortega quien lo acuñó por primera vez en 1913 para referirse a su propia generación con una clara intencionalidad pública: convocar a los jóvenes españoles para que enderezasen los destinos del país (Cacho Viu, 1985, p.9). Sin embargo, ese mismo mes Azorín se apropia del término para aplicarla a su propia generación, hecho ante el cual Ortega mantuvo silencio; no volvió a reclamar el término para referirse a su propia generación.

Las diferencias entre ambos grupos intelectuales son claras⁸, sus actitudes ante la situación de la política española tuvieron un signo distinto, y Ortega insistió una y otra vez en mostrar tales diferencias con la generación precedente como el símbolo de un nuevo tiempo y de una nueva mentalidad y actitud vital que habían llegado a la cultura española.

1.1. La cultura como elemento transformador. El proyecto ideológico orteguiano

Se retoman ahora las ideas anteriores: la cultura se convierte en un factor determinante para el cambio social y político. El filósofo insistía en la falta de ciencia como la causa principal de la decadencia de España, país que no habría participado en nada en el desarrollo de las ciencias fundamentales⁹. Esta es la causa de la insistencia de Ortega en traer esa modernidad de la que ya se ha hablado al país: se están elaborando las ciencias del hombre y de la sociedad (López Campillo, 1972, p.80), y en el resto de Europa se impone el acercamiento hacia una comprensión más amplia de un mundo nuevo. Aparece, por tanto, un nuevo «talante existencial, confiador y afirmador de la vida» (Cerezo Galán, 1994, p.12), que tendrá en la cultura la esfera propia de la autodeterminación del hombre, y, en el ensayo como

8 La oposición Ortega/ Unamuno ilustra perfectamente la diferencia de actitudes entre ambas generaciones: «Los dos estaban de acuerdo en la urgente necesidad que tenía el país de una renovación cultural para liberarse espiritualmente, no ya para liberalizarse políticamente; disentían, sin embargo, según el mismo Unamuno, en «el sentimiento y la concepción de la vida, como algo que puede y debe bastarse, o como algo que no se basta». Son dos maneras opuestas de entender la relación entre ciencia y vida: Unamuno lo hace agónicamente, llevado por *«la soif angoissante d'immortalité»*; Ortega acepta *«la vie telle qu'elle est»*, y a la vez, los límites últimos de la ciencia, aun confiando en su continua expansión» (Cacho Viu, 1985, p.29).

9 La falta de tradición científica era, por tanto, uno de los males principales que habían asediado a España. Ortega veía imprescindible la «germanización del intelecto»: «Al no haber tenido un verdadero positivismo, en el sentido riguroso —crítico— de la palabra, España sigue siendo un país descerebrado por su persistente desvío de la ciencia moderna» (Cacho Viu, 1985, p.12). Así construye Ortega la imagen onírica de otra España, que habría de suscitar un «patriotismo dinámico que les comprometiera ineludiblemente con la transformación, con la creación mejor, de un nuevo país» (Cacho Viu, 1985, p.13).

género literario, el medio más propicio para el ahondamiento en las nuevas circunstancias vitales¹⁰.

La pretensión de Ortega, como sabemos, fue siempre sacar al país de su decadencia, ponerlo al nivel de Europa (prototipo de ciencia y cultura), buscar una nueva sensibilidad, el motor dinámico en la vida española, buscar, en definitiva, una España nueva:

Dos Españas, señores, están trabadas en una lucha incesante: una España muerta, hueca y carcomida y una España nueva, afanosa, aspirante, que tiende hacia la vida, y todo está arreglado para que aquélla triunfe sobre ésta. Porque la España caduca se ha apoderado de todos los organismos públicos, de todo aquello que podemos llamar lo oficial y que no es solo la *Gaceta Literaria* y los ministerios, y esa España cadavérica y purulenta convertida en España oficial gravita, aplasta, agota los gérmenes de la España vital. (Ortega y Gasset, 1981, p.52)¹¹

España, de este modo, aparece ante los ojos de Ortega como un país dominado por las fuerzas caducas y retrógradas, en el que la masa se había negado a serlo y la nación, a consecuencia de ello, estaba deshecha, invertebrada. Esta masa se había impuesto y no se dejaba dirigir por las élites, consideradas por el filósofo como las únicas capaces de llevar al país a un mejor destino:

Triunfa hoy sobre toda el área continental una forma de homogeneidad que amenaza consumir por completo aquel tesoro. Dondequiera ha surgido el hombre masa de que este volumen se ocupa, un tipo de hombre hecho de prisa, montado nada más que sobre unas cuantas abstracciones y que, por lo mismo es idéntico de un cabo de Europa al otro. A él se debe el triste aspecto

10 «Rafael Cansinos-Assens en *La nueva literatura* señalaba una serie de rasgos diferenciadores de este nuevo espíritu, como son el ansia de novedad, el espíritu de solidaridad heterodoxa, la visión lírica ha de ser contrastada por la realidad, escritores ecuanimes, tranquilos y conscientes, queda suprimida la emoción, sus impresiones en un estilo seco, recortado y duro. Pero, el espíritu de depuración artístico fue algo esencial de las vanguardias, deseosas de superar el novecentismo» (Rebollo, 2001, pp.2-3).

11 Desde los textos de Larra la temática de las dos Españas ha sido una constante en la literatura española. Sería en la Edad de Plata y en estos años de fervor regenerador cuando el tema cobrara su mayor apogeo; autores como Antonio Machado, el propio Ortega y Gasset o Rafael Alberti llevaron este debate a la primera línea. Este tema volverá a aparecer más adelante en poetas o escritores de generaciones posteriores, como por ejemplo, en Jaime Gil de Biedma.

de asfixiante monotonía que va tomando la vida en todo el continente. (Ortega y Gasset, 1998, p.105)

En este sentido nos recuerda Pedro Cerezo Galán que «Ortega fue un pensador con «empresa política»», que desde muy al comienzo de su carrera tomó como misión la renovación nacional, proyectando siempre una reforma social e institucional de talante «extremadamente liberal» (Cerezo, 1991, p.33). Había que reivindicar y sacar a la luz la autenticidad de una España que aún quedaba oculta a ojos de la población, una España que estaba siendo improductiva y que estaba acusando el retraso social heredado de la mala dirección del país durante siglos. Caciquismo, clericalismo y militarismo eran tres de los males que había que erradicar (Mainer, 1993, p.48) a través, sobre todo, de la pedagogía. Herederas de las ideas de Joaquín Costa fueron las teorizaciones de Ortega al respecto, que, en opinión de Mainer, quizá pecó de ingenuidad al no percatarse de que «la pedagogía era un arma muy pobre contra la desigualdad social lacerante y de que el caciquismo era solamente el epifenómeno transitorio de una política entitativamente corrupta» (Mainer, 1993, p.49). En cualquier caso, tanto Ortega como otros hombres de su generación pretendieron introducir en todo el aparato institucional, científico y educativo lo que los hombres de la Institución Libre de Enseñanza y las corrientes regeneracionistas venían elaborando y preconizando desde hacía algunos años (López Campillo, 1972, p.38), con el fin de alcanzar la definitiva modernidad que en España nunca había llegado a conseguirse.

Ahora se muestra clara la empresa nacionalista de Ortega y de su grupo intelectual en la época de principios del siglo xx. El proyecto debía llevarse a cabo, en gran medida y como ya se ha señalado, partiendo de las instituciones; pensemos, en este sentido, en la creación durante la década de 1910 del Centro de Estudios Históricos o la Escuela de Filología Española de Ramón Menéndez Pidal, así como en la preparación de ediciones de los clásicos medievales o la creación de la *Revista de Filología Española*. Todos estos órganos en general crearon un canon artístico y literario que se «debe tanto a razones ideológicas y nacionalistas como a razones estrictamente artísticas» (Fox, 1997, p.111). No puede perderse de vista que se estaba levantando la sólida estructura para crear una cultura nacional que cimentara la burguesía española en un sentido progresista y modernizador (Rodríguez, 2002a, p.532). La construcción de una identidad nacional española, por tanto, llegó a institucionalizarse gracias a órganos esenciales

de final del siglo XIX y principios del XX, y en tal construcción participó, también, la *Revista de Occidente*.

Partiendo de lo anterior, vemos que la empresa de Ortega fue esbozar un «programa de tendencia fenomenológica para la reforma de la política, la cultura y el arte» (Silver, 1977, pp.59-64), formar a unas minorías, como ya hemos señalado, «capaces de mirar» y de dejar a un lado lo utilitario, capaces de poner sobre la mesa los fragmentos para crear la totalidad de la cultura nacional burguesa, capaces de ejercer un dominio jerárquico de todos los grupos de individuos selectos frente a la vulgaridad de las masas. Se trata así de «una política civilista, orientada fundamentalmente a la educación del sentido político y la responsabilidad social» (Cerezo, 1994, p.19). O expresado por el mismo Ortega: «Para nosotros, por tanto, es lo primero fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de masas» (en Cerezo, 1994, p.20). Solo esta minoría podría construir la totalidad española (Rodríguez, 2002a p.540) y crear nuevas ideas, formar a una «generación», un compromiso entre la masa y los individuos, con toda la carga ideológica que este término lleva implícita.

La élite debía vertebrar el país y europeizarlo, rescatar, además, sus raíces, su esencia, convertirse en una élite con fe y confianza en el futuro y en el dogma científico de la época, con la mente puesta en el progreso como palanca decisiva del cambio institucional y social (Cerezo, 1994, p.18). Estas élites vertebradoras que habrían de convertirse en guías obviamente debían ser varones. En ningún momento Ortega y Gasset plantea la posibilidad de que las mujeres participen de este proyecto de forma activa; muy al contrario, las mujeres siempre quedaron asimiladas a su concepto de «masas» y consideradas como seres totalmente incapacitados, como se analizará más adelante, para llevar a cabo ninguna labor intelectual. Las mujeres tenían otra función dentro de su proyecto: seguir manteniendo el sistema estructural familiar, facilitar a los hombres el brillante desarrollo de sus tareas y misiones, ser las madres y las esposas que la sociedad burguesa necesitaba.

La división entre las masas y las élites también la estableció Ortega entre aquellos que poseían o no un gusto artístico acorde con los nuevos tiempos. Las diversas formas de acercamiento al objeto artístico determinarían la pertenencia a uno u otro grupo, al igual que existirían dos tipos de arte diferentes y propios de cada uno de ellos:

Existe un goce vulgar, propio de las masas, que se proyecta en la obra extrayendo de ella sentimientos humanos (es decir, vulgares, según Ortega) y el elevado, que sería el goce propiamente estético, que se objetiva y se distancia de los elementos humanos. (Alonso Valero, 2016, p.98)

En este sentido, el goce vulgar tendría que ver con el sentimentalismo, la implicación de lo humano, la sensiblería, rasgos a los que «claramente aparecen unidas las mujeres, asociadas a la masa» (Alonso Valero, 2016, p.98). Las mujeres carecerían, por razones que veremos más adelante, de la posibilidad de poseer el goce estético en el sentido más elitista. El arte vanguardista, pese a que muchas de ellas no solamente lo *consumieron*, sino que también lo *crearon*, sería propio de los hombres y de una época absolutamente masculina.

No es superficial la cuestión del arte en el pensamiento orteguiano en relación con su proyecto político. Su entusiasmo hacia el arte vanguardista, símbolo de una sociedad nueva, fue totalmente compatible con su ideal nacionalista burgués. Como parte de la crítica se ha ocupado de señalar (Soria Olmedo, 1988), la vanguardia española consta de unas peculiaridades que la hacen distinta a las del resto de Europa: en ella confluyeron «modernización burguesa y modernidad literaria. En consecuencia, frente al activismo vanguardista, aquí la primera táctica es más bien de asimilación» (Alonso Valero, 2016, p.25), por lo que los intelectuales modernizadores nunca adoptaron la actitud de revulsivo social en su dimensión más extrema, sino que siguieron manteniéndose dentro de los círculos no solo de lo aceptado, sino también de lo necesario para cimentar una cultura burguesa. No podían rebelarse contra una modernidad que aún no había irrumpido de forma clara en España. En cualquier caso, tanto las vanguardias europeas como las españolas dejaron sus afanes rupturistas e innovadores en una cuestión esencial: ambas fueron absolutamente conservadoras en lo que a la cuestión de género se refiere (Alonso Valero, 2016, p.98).

Pues bien, si nos hemos detenido en exponer cuál fue la función política e ideológica de Ortega y los intelectuales de su grupo, es porque será en este contexto en el que también tenemos que situar la función de la *Revista de Occidente* como empresa modernizadora de un país «en construcción» que estaba dirigiendo sus pasos hacia la modernidad europeísta y cuestionarnos así su intención de mantener un «apoliticismo» que no era tal, como se verá más adelante.

Pese a todo lo que hemos visto, pese a su pretendido apoliticismo, hoy día es claro el proyecto político orteguiano, que si bien en la *Revista de Occidente* era menos explícito que en las publicaciones en las que había colaborado anteriormente el filósofo —ya había finalizado su «etapa nacionalista-crítica representada por *España*» (Mainer, 1999, p.191)—, también ahora estaba presente de forma indudable, por lo que podemos concluir y afirmar sin ambages que la revista se convirtió en un potente órgano ideológico en su época, puesto que si bien, como ya expuso Ortega en sus «Propósitos» iniciales (Ortega y Gasset, 1923a), la revista no se hizo eco de las problemáticas ni de los conflictos sociales que asolaban el país de forma explícita, sin embargo, una fuerte intencionalidad modernizadora burguesa conformaba sus páginas¹².

No fue, por tanto, en la *Revista de Occidente* donde vieron la luz las críticas de Ortega a la política de su tiempo, pero sí poseemos testimonios del filósofo que constituyen alegatos contra la situación del país (a pesar de lo que sostiene Fox¹³), concienzudos análisis con propuestas determinadas para aportar soluciones a los hechos que se estaban dando en la esfera pública, como por ejemplo la gestión llevada a cabo por la dictadura de Primo de Rivera y la del posterior gobierno de Berenguer o las críticas a la monarquía española. La política no estuvo alejada de su pluma, y tampoco sus ideas al respecto permanecieron inmutables con el paso del tiempo; pensemos que cuando se instauró el nuevo régimen republicano, Ortega contaba con cuarenta y ocho años, por lo que ya había tenido tiempo de publicar diversos textos en los que había abordado cuestiones políticas de

12 López Campillo ha aportado una explicación sobre la causa de este propósito orteguiano de mantener alejada la política de su objeto de interés: la experiencia previa de Ortega en sus otras publicaciones, experiencia que le habría traído no pocos problemas, desacuerdos y críticas, habría reducido la ambición del filósofo, quien, si bien al principio pretendía renovar la vida política española por medio de un instrumento cultural y en colaboración siempre con los hombres politizados, ahora se contentaría «con ejercer una influencia en el cuadro más restringido de los medios intelectuales inquietos» (López Campillo, 1972, p.56).

13 Inman Fox señala que Ortega se identificó con la idea regeneracionista mantenida por Primo de Rivera, que no distaba demasiado del pensamiento nacionalista liberal y pensó que «la tutela dictatorial podía dar como resultado un liberalismo renovado» (Fox, 1997, p.179), que podía sacar al país de la indigencia cultural en que estaba sumido. No obstante, el filósofo se desmarcaría de tales planteamientos a través de sus críticas a la Dictadura.

forma central y recurrente. No analizaremos aquí debido a una cuestión de espacio su participación en las Cortes, la formación del movimiento político republicano Agrupación al Servicio de la República (junto con Gregorio Marañón y Pérez de Ayala) ni nos centraremos de forma pormenorizada en dichos textos, a los que remitimos, pero sirvan como ejemplo «El error Berenguer» (Ortega y Gasset, 1930), o «¡Viva la República!» (Ortega y Gasset, 1933).

Su progresiva despolitización, sin embargo, también fue una cuestión a la que tuvo que hacer frente. López Campillo ha señalado las críticas de las que fue objeto el filósofo debido al alejamiento de la política de sus textos: por algunos, fue considerado «cobarde desde el punto de vista de la acción política» y por otros, un «mentor burgués a quien le faltó base social» (López Campillo, 1972, pp.46-47). La política, que siempre le pareció un elemento de confrontación, fue desapareciendo de sus escritos de forma explícita y progresiva. Sin embargo, la idea que se mantuvo estable durante su trayectoria fue la de la cultura como medio para lograr su proyecto de una sociedad vertebrada y cohesionada. El filósofo optó por la neutralidad, pero como ya hemos señalado, la política se iba colando, como sucede siempre en cualquier tipo de discurso, por todos los resquicios de sus artículos, y también por los de sus colaboradores. Insistimos una vez más en que no debemos restringir el término «política» a los sucesos relacionados con el gobierno o las gestiones directas del mismo, sino entenderlo más bien como algo mucho más amplio, más profundo y de mucho mayor calado, una realidad que afecta a los esquemas estructurales e ideológicos, que se iba colando en sus reflexiones sociológicas, filosóficas, antropológicas o estéticas, así como en las de los colaboradores y colaboradoras de su revista. Resultaba imposible para Ortega sustraerse a su influjo y no reproducir en sus reflexiones un orden social determinado. De hecho, la propia fundación de la revista respondió, como se ha señalado varias veces, a un proyecto político claro surgido durante un momento «en que los intelectuales cuya vocación política es patente, como Azaña, deciden a falta de otra cosa dedicar sus energías a la literatura» (López Campillo, 1972, p.58), debido al amplio descontento y apatía general que la política suscitaba en las clases burguesas y las élites intelectuales, que habían comprendido que toda posibilidad de acción en el marco del parlamentarismo parecía estar excluida.

1.2. A modo de conclusión: la modernidad en la exclusión

Llegados a este punto y para concluir, debemos poner en tela de juicio los lugares comunes de la crítica sobre las funciones y la intención de la *Revista de Occidente* y preguntarnos: ¿fue total esa modernidad que la revista aclamaba?; ¿fue realmente innovador y moderno el planteamiento de la publicación en todos los ámbitos?; ¿se situó siempre a la vanguardia de las distintas teorías europeas en todos los campos del conocimiento? Los únicos que podrán arrojar luz sobre estas cuestiones serán sus propios textos. El objeto de nuestro estudio se centrará en el análisis de los artículos y ensayos, así como de los textos narrativos, que construyen y reproducen imágenes femeninas determinadas. En los distintos ensayos u obras literarias veremos cómo operan los mecanismos de la ideología burguesa androcéntrica para seguir relegando a las mujeres a un segundo plano, tanto en la vida de la cultura como en el ámbito público en general.

En el proyecto ideológico orteguiano, las mujeres debían seguir ocupando el lugar tradicional propio del ámbito privado. Las que se iban incorporando más o menos tímidamente a las esferas culturales y literarias, tuvieron que enfrentarse a esa identidad de género que no cesaba de reproducirse y que «a menudo posicionaba a las mujeres de manera diferente en relación con las instituciones y las corrientes culturales» (Kirkpatrick, 2003, p.21). No es solo que ellas se vieran a sí mismas como intrusas y que optaran incluso por situarse detrás de pseudónimos para ocultar su identidad real, sino que además, no cesaban de encontrar y recibir (y en ocasiones incluso reproducir) un discurso que las alejaba constantemente de sus aspiraciones y deseos, que las hacía invisibles para los hombres de su tiempo y que las haría inexistentes para los de tiempos posteriores:

Las peculiaridades de la educación femenina y el difícil acceso de la mujer a los círculos literarios y artísticos a menudo daban lugar a asincronías que volvían su participación en la modernidad menos evidente para sus contemporáneos, así como la crítica literaria posterior. (Kirkpatrick, 2003, p.22)

Ortega, como director de la revista, mantendrá, como han señalado distintas especialistas como Susan Kirkpatrick o Shirley Mangini, «un compromiso ideológico con las relaciones patriarcales dominantes» (Kirkpatrick, 2003, p.272) muy poco «moderno», a nuestro modo de ver, que se reproducirá muy claramente en muchos de sus artículos, así como en los de sus colaboradores. La época fue compleja; la superposición de lo nuevo